

Recording 107

Transcrito por [TurboScribe.ai](#). [Actualizar a Ilimitado](#) para eliminar este mensaje.

Cuenta esta parábola de Jesús, de este administrador que está por quedar en la calle. Viene el dueño, que le había confiado sus bienes y le pide cuentas. Y, como él había metido la mano en la lata, no había hecho las cosas bien, se pone a pensar, ¿y ahora qué voy a hacer cuando quede sin trabajo? Y entonces, idea esto tan genial como de llamar a los deudores de su señor y le va rebajando la deuda.

Y dice que el amo elogió esta actitud del administrador. ¿Qué nos quiere decir Jesús con esta parábola? Primero, hay que decir que no es que esté aplaudiendo, ni alabando, ni diciendo este tiene que ser el modelo de fraude que ustedes tienen que seguir. No, no está aplaudiendo eso.

Pero sí, lo que elogia es la rapidez y la inteligencia con que hace frente este hombre para preparar su futuro. Y entonces dice, ustedes, hijos de la luz, mis seguidores, etc., nosotros, tendrían que tener esa rapidez y esa inteligencia para acumular de alguna manera los bienes, no los bienes perecederos, sino los bienes eternos. Esa rapidez de este hombre tiene que ser la rapidez de usted para convertirse, para cambiar de mentalidad, para no dejar para mañana lo que puede hacer hoy.

Esta actitud es la que se alaba. Así tiene que ser usted, pero para obtener los bienes eternos. Es decir, no se duerman o vivan en la superficialidad, no se duerman los laureles, todo eso nos está diciendo Jesús.

Y él aprovecha esta parábola para que nos obtengamos hoy, en esta Eucaristía, una reflexión o una mirada sobre cómo nosotros usamos los bienes materiales, los bienes que tenemos, nuestra riqueza, los bienes que hemos recibido, cómo es nuestra relación con ellos. Es de apego, dice Jesús, no se puede servir a Dios ni al dinero, nos dice al final de este Evangelio. Hay dos cosas que no pueden cohabitar en el corazón de los cristianos, en nuestro corazón.

Afán por la riqueza, por tener, por apegarse a las cosas y a los bienes, no puede cohabitar con lo que nos pide Dios, que seamos. Acuérdense que nosotros tenemos una misión, los cristianos, que es reflejar en el mundo el amor de Dios. A eso estamos llamados, todos.

Y este es un aspecto que también tenemos que tener en cuenta en ese, reflejar, ser testigos del reino de una manera de vivir determinada, este es un aspecto de nuestra relación con los bienes. Hay dos cosas que no pueden cohabitar. Y lo primero que nos dice Jesús en este Evangelio, en relación a los bienes, es que hay una manera, un uso evangélico de los bienes.

Los bienes tienen que ser como un medio para que tú sirvas a los demás, para que tú ayudes a otros. Acuérdense, dice Jesús también, que ustedes son administradores de los bienes que han recibido. Aquella palabra de los talentos también, que en otro momento nos recordamos, hemos recibido lo que tenemos.

¿Cómo lo usamos? Nos van a venir a pedir cuentas el día de mañana con lo que hiciste, con eso que yo te regalé, también con los bienes. ¿Cómo usaste los bienes que tenías en vida? ¿Los usaste para el bien de los demás? ¿Los pusiste al servicio de los otros? ¿Tuviste cuenta de los necesitados en tu vida? ¿Qué lugar ocupaban en tu corazón? Todas esas son preguntas que el Señor a sus discípulos, a nosotros, nos deja como flotando ahí en nuestro corazón. ¿Cómo estás usando los bienes que recibiste? Y hay muchos argumentos, ejemplos.

A ver, ejemplos del mal uso de los bienes que probablemente tenemos, aquellos que se enriquece deshonestamente, aquellos que usan también la crisis para hacerse ricos. Bueno, hay muchas maneras de que nosotros veamos, bueno, ¿por dónde va el corazón de la humanidad de nosotros? Pero ustedes, el corazón de ustedes, de Jesús, ¿dónde está? ¿Dónde está puesto? Y hay muchos argumentos también que pueden salir al paso y decir, y bueno, pero hay que ser realistas también. ¿Todo bien? No lo podemos hacer.

Si todo el mundo lo hace, si no lo hacemos quedamos para atrás. A veces justificamos nuestras acciones. Aquello que vemos que no está del todo bien, pero bueno, si no lo hacemos perdemos.

¿Qué elegimos? ¿Qué mirada tenemos? ¿Qué uso tenemos con las cosas y los bienes que tenemos? Esta invitación de Jesús en este Evangelio de hoy a nosotros no lo hace porque a nosotros se nos ha confiado también algo, como al Administrador. Dios tuvo confianza en nosotros para darnos lo que tenemos. Y entonces se nos dice, bueno, si tú quieres reflejar en el mundo mi Evangelio también tenés que tener cuidado en esto porque ahí me estás reflejando o no el amor de Dios.

Tus bienes, los demás, los que necesitan, ¿qué lugar ocupan en tu vida? ¿Qué estás acaparando? ¿Qué cosas tenés que compartir? Todas estas cosas nos las presenta Jesús en este Evangelio y le pedimos también como buenos discípulos que nos ayude a ir puliendo aquellas cosas que de repente no estamos haciendo del todo bien, que sepamos jugarnos, aunque veamos que a nuestro alrededor las cosas se hacen distintos o en algún momento podemos perder algo. Pero siempre la pregunta está, ¿y tú qué elegís? ¿Lo elegís a Dios por encima de todas las cosas? ¿O hay otras prioridades en tu vida? Todo eso es una invitación a que nosotros, que tenemos que ser testigos de una manera distinta de vivir y de mirar la vida y de relacionarnos con los demás, todas estas cosas también las tenemos que mirar para ser buenos testigos y que nuestra vida hable. Nuestra vida tiene que hablar de la fe que tenemos.

Si no, la fe la tenemos guardada y no se nos dio una luz para guardarla debajo de una mesa en que no se vea, se nos dio la luz para que eso resplandezca. El Evangelio tiene que ser conocido, visto y la primera manera de que sea visto en el mundo es a través de aquello que intentamos día a día vivirlo mejor.

Transcrito por [TurboScribe.ai](https://www.turboscribe.ai). [Actualizar a Ilimitado](#) para eliminar este mensaje.